

CAPITULO III

REFLEXION CULTURAL

INTRODUCCION

Al anexar la economía mexicana, por el TLC, a la del primer mundo, se descuadraron sus sistemas económico (en Chiapas particularmente), político (en bastantes lugares de la capital y de los estados, en la debilidad nacional por el cambio presidencial), social (en los sectores campesino y obrero) y cultural (de todo México ante la irrupción del norte anglosajón, de los indígenas ante el colmo de abusos de las autoridades públicas) e hicieron estallar sus crisis:

- de desigualdad entre ricos en extrema riqueza (24 mexicanos entre los 200 más ricos del mundo) y pobres en extrema pobreza (20 millones de mexicanos),
- de democracia política, en un año importante de elecciones, sobre todo al interior del gobierno y del PRI, entre la democracia simulada del pasado, la nueva y corrupta democracia formal y los anhelos de democracia real,
- de violencia (crímenes políticos), individualismo insolidario, corrupción e ilegalidad social, en la falta tanto de aplicación de la ley como de administración de justicia, de fusión perversa de partido oficial y gobierno, de pluralismo partidista fusionado también con el gobierno, de falta de separación entre administración pública y cargos públicos,
- de defensa de los valores culturales, como los derechos humanos, incluidos los religiosos, la libertad y la justicia y su configuración autóctona, frente a la agresión de una civilización técnica, arbitraria y consumista.

En los capítulos anteriores ya hemos estudiado los hechos y analizado su significado en los sistemas económico y político. Ahora nos queda sintetizarlos en el entramado cultural donde alcanzan su última significación. Las diferentes crisis señaladas configuran la gran crisis del sistema. Estamos de acuerdo con la hipótesis de Jorge Castañeda¹: el sistema mexicano ya no funciona porque las élites del país se han dividido entre sí sin la posibilidad de conciliación que tenía el PRI-gobierno, y su conjunto: "empresariado- Iglesia-

¹. Castañeda Jorge G. **Sorpresas te da la vida**. México 1994. Aguilar, Nuevo Siglo, 1994, pp 15-17.

Casa Blanca"². (los de arriba) se ha distanciado y dividido de la masa (los de abajo) que parece despertar de su letargo de invierno, con descontento e impotencia. Son las dos fuentes de ingobernabilidad del país. Este sistema, si ha de evitar su colapso, ha de reconfigurarse en un sistema democrático se sea capaz de resolver los grandes problemas. No es posible persistir en hacer funcionar lo que no funcionó. "Los procedimientos tradicionales para dirimir controversias y diferendos entre las élites mexicanas se encuentran en un estado terminal de disfuncionalidad"³. Hay que afrontar los problemas nacionales que han sido escamoteados sistemáticamente. Nosotros puntualizaremos más esta hipótesis que es también la nuestra. Procederemos, pues, desde los valores culturales más importantes ahora en nuestra patria, hasta implantar en ellos los sistemas ya analizados y hacer el último reajuste.

1. PLANTEAR LA CRISIS EN EL VERDADERO HORIZONTE CULTURAL

La crisis cultural está en un estadio especialmente difícil. No cabe en interpretaciones y soluciones anteriores, por su novedad inédita. Y demanda por tanto, la significación fuerte de "crisis", es decir, un nuevo "juicio" para ser comprendida. ¿De dónde ha de venir ese juicio?

La crisis mexicana se halla en rezago. Cuando la crisis mundial se encuentra en el paso del nuevo liberalismo moderno a la postmodernidad, la crisis mexicana es todavía múltiple, dado el mosaico cultural tan variado: indígena, colonial, independiente, liberal antiguo y el paso al nuevo.

Sobre la crisis mundial hay una convergencia de opiniones que la describen como el cierre de un ciclo histórico, el de la modernidad ilustrada, y la apertura de otro, del que apenas empiezan a aparecer algunos signos característicos: por lo pronto es claramente "post", reactivo o contrario. Si la razón ilustrada afirmó casi con exclusividad que las circunstancias son las que hacen a los hombres, el juicio "post" empieza por enfatizar lo contrario: que los hombres hacen las circunstancias. Las estructuras y sus ideologías han fracasado en hacer al hombre más humano. Los hombres escuetos, liberados de esas cadenas, son los que están llamados a hacer estructuras mejores. No se trata de volver a tiempos de las cavernas. Dentro del complicado entramado sistémico, los hombres han de quedar libres para utilizar el instrumento y no para subordinarse a él.

2. Ibid. p. 173.

3. Ibid. p. 157.

Las dos últimas ideologías de la modernidad, el colectivismo del socialismo real y el individualismo del liberalismo capitalista, a fuerza de querer "salvar" (dominar) a los hombres, tomándolos por el talón de Aquiles, por el modo de producción, calificaron de superestructura lo que es el caldo de cultivo indispensable para el crecimiento humano: la cultura vivida, antes de ser mediada en cultura teorizada.

Este caldo de cultivo, fáctico, pre-estructural, está congregando y unificando en perfiles humanos integrales lo que esas dos ideologías habían atomizado en individualismo archividido o lo habían fraguado en bloques colectivistas. Y empieza a ser de hecho el punto de referencia, el horizonte último, en el que hay que ubicar y juzgar todas las cosas.

En la reciente agudización de nuestra crisis nacional, todavía se sigue abundando en pautas interpretativas ya obsoletas, incapaces de descubrir la novedad del momento. Hay empecinamiento en visiones parciales y aceleración de la irracionalidad de la crisis. Para no llegar al estallido, es necesario buscar interpretaciones adecuadas.

Inadecuados son ya no sólo el desactivado marxismo leninismo, sino sobre todo el liberalismo (con su versión religiosa de cristiandad) y el mismo flamante pero efímero neoliberalismo.

Ya el mismo neoliberalismo (por no decir nada del postmodernismo) pone en evidencia esta dislocación cultural (piénsese en Chiapas) porque provoca un rechazo alérgico en liberales de la vieja guardia. En el presente reaccionan como si estuvieran en el pasado, porque para estos elementos no ha habido evolución. Se trata, pues, de conflictos del pasado en el presente, no del conflicto presente.

Los dos más antiguos elementos son la concepción liberal de la política y el derecho, cuando el liberalismo asume el poder, que ya no puede tener vigencia en el presente, y la función que deben cumplir las religiones en el Estado liberal, que tampoco encaja con la concepción secular y pluralista del momento.

El liberalismo dejó tres problemáticas sin resolver: la de los indígenas, la de la injusticia social y la de la religión. La Revolución planteó las dos primeras y avanzó en su solución. El neoliberalismo actual decidió escamotear, por la vía

más política que jurídica, las dificultades que las iglesias le ponían. Descuidó el desarrollo democrático y solidario, desde la base. Concentró todo su interés en la reforma económica. La hizo por la vía de la planeación objetiva y de la técnica del arreglo entre cúpulas. Quiso aplicar la misma táctica a la solución de las problemáticas sociales. Pero sin resultado. Porque éstas requieren un lento proceso interno e insustituible de desarrollo social. Los decretos extrínsecos no le hacen mella, sobre todo, cuando la gente empieza a reivindicar su derecho a participar interna e intensamente en el destino de toda la sociedad. Se busca ahora en el mundo moderno y cada vez con mayor fuerza, la prioridad de la decisión creativa y respetuosa de los sujetos.

2. EL FUNDAMENTALISMO COMO CLAVE DE INTERPRETACION DE TRES INGREDIENTES EN CONFLICTO

El fundamentalismo está de moda. Es una actitud principalmente religiosa. Consiste en asumir un texto de carácter sagrado y en aplicarlo a la letra y sin glosa a la vida de las personas. Así por ejemplo, la lectura de un texto del Antiguo Testamento en que se prohíben las imágenes religiosas, lleva simplemente a ejecutar el mandato sin ninguna posible consideración de tiempo, lugar o sociedad. Lo único que cuenta es el mandato-ejecución.

Esta actitud fundamentalista entraña un defecto humano y religioso de incalculable alcance en el daño a la humanidad actual. Porque, por una parte, descarga de responsabilidad y libertad para interpretar el texto y convierte al hombre en un simple ejecutor, igualmente irresponsable. Por otra parte, se degrada a Dios al irreal concepto de un superhombre omnipotente, único protagonista de la historia, al que contradictoriamente se maneja desde el inconsciente de los hombres. Ese monstruo, llamado Dios, es el que convoca a las guerras santas, de raza o de religión. No sólo Saddam Hussein y el mahometanismo han sido un caso de actualidad. Esta actitud se sigue dando también en el cristianismo. Algunas denominaciones protestantes, llamadas sectas, se caracterizan por su fanatismo: pensemos en la tragedia de Waco, Texas. Se da también en algunas actitudes católicas que reivindicán para sí exclusivamente la ejecutoria de la salvación divina, como en los pueblos católicos que lapidan a los protestantes, por el simple hecho de serlo o como en grupos conservadores que se adjudican un único código moral hasta el último detalle, sin posible discrepancia ni el menor pluralismo.

Esta actitud fundamentalista choca frontalmente tanto con la moda materialista del consumismo como con el actual patrón cultural que vivimos en este mundo secularizado.

Es necesaria una palestra de los derechos humanos, a partir de la cual pueda gestarse un diálogo sólido entre las partes plurales, sin fobias ni fanatismos.

Analizaré, pues, los tres elementos en este orden:

- Mundo consumista
- Mundo secular
- Catolicismo conservador

1) La incoherencia de los medios de comunicación social se reduce principalmente a esta expresión: mercantilismo consumista. En ese mundo lo que importa es que se venda más y se compre más. Este objetivo se traduce en los medios de comunicación como el índice de popularidad, el abarcar el mayor número de televidentes, sin importar tanto el mensaje cuanto el cautivarlos para que se dispongan a comprar los productos de los patrocinadores. Su desafío es grande y por doble partida: cautivar de manera que dominen sin que las voluntades se resistan.

Desgraciadamente, el consumismo es la gota que derrama el vaso de las consecuencias del liberalismo: la fragmentación de la sociedad en una suma de individuos, valorados según su capacidad de compra. La libertad se ve y se entiende como capacidad de venta y se deja de mirar a la otra vertiente, a la libertad de compra. El vendedor supone poca libertad en el comprador y quiere reducirla aún más, aunque racionalice y proclame que no violenta a la compra. ¿Puede un drogadicto o un alcohólico mantenerse libre ante los estimulantes? ¿Puede un esclavo de sus carencias e inmadureces ser libre ante ellas?

Me permito una cita de Octavio Paz: "Temo que la facultad imaginativa de los jóvenes haya sido dañada irreparablemente: están atados a la pantalla de la televisión y a su mundo de imágenes prefabricadas e inmediatas. La imaginación es hija del deseo y el deseo nace con la distancia. La televisión suprime a la distancia: el espectador no desea ni imagina: ve y se contenta con ver. Todo está a la vista. Al leer interpretamos un texto, lo desciframos y, en una palabra, lo recreamos: la televisión ahorra el trabajo de la interpretación y suprime el placer de la reinención. El uso perverso de la televisión (creo que

hay otras maneras de emplearla) es un síntoma más de ese acelerado movimiento de nuestras sociedades hacia una barbarie sin paralelo en la historia"⁴.

El liberalismo materialista mata la libertad creadora de cultura, la libertad para conocerse a sí mismo en profundidad, para crecer y para ser más humano. No, definitivamente no puede la masa, sin sociedad viva, ni cambiar libremente la televisión ni rehusar la oferta de la droga. Los intereses materialistas matan la libertad, para hacerse robots que trabajan más para comprar más. Estos son los intereses económicos de muchos de los medios masivos de comunicación.

2) Pasemos ahora al mundo secular. Para que el diálogo que promueve sea realista, pone algunas reglas fundamentales de juego. La primera es que, en esta sociedad secular, el lenguaje de común entendimiento son los derechos humanos inalienables. En torno a ellos hay consenso de opiniones aunque en la práctica se violen frecuentemente. La segunda regla es el respeto no sólo al discrepante, sino la apertura mental a comprender y ponderar la opinión diversa y a encontrar los puntos de convergencia antes de dialogar sobre las discrepancias.

3) Ni el consumismo privado, ni el Estado rector, ni siquiera un amplio grupo de la Iglesia católica, trabajan sobre la base del diálogo secular que implica necesariamente una profunda concepción de democracia. Porque ésta no es abuso de la libertad del comprador, ni del elector, ni simple imposición absolutista de la moral. Democracia es un régimen social en que todos los ciudadanos son capaces de gobernar y ser gobernados, como capacidades homólogas e indisociables; es un régimen para constituirse plena y explícitamente como sociedad, con capacidad de reflexión y de autocrítica.

De aquí se ve con claridad cómo el diálogo que se quiere entablar entre los consumistas, el Estado y los grupos religiosos conservadores, será un diálogo de sordos, si no se hace sobre la única base real de nuestra sociedad, su secularidad que sostiene la incondicionalidad de los derechos humanos.

Volviendo a los grupos fundamentalistas hay que decir que ellos y sus opiniones son muy respetables. Pero, si verdaderamente quieren influir en la sociedad, tienen que aceptar las actuales reglas de juego o abandonarlas e irse a vivir a otro mundo. Porque estos grupos están ubicados en un horizonte que

4. **Vuelta**, junio de 1993, p. 8.

ya no existe y quieren jugar con las reglas de su horizonte, que tampoco tienen vigencia.

Por ahora no me voy a referir, pues, al código moral de estas religiosidades concretas, sino a algo anterior, a las básicas reglas de diálogo de la sociedad secular. Esto no es arbitrario, ni siquiera para los católicos, a los que me referiré ahora en concreto. Porque el Concilio representa el cambio de una Iglesia casi toda ella de cristiandad, a una Iglesia de secularidad, abierta al diálogo, presente en el mundo. Bastantes confesiones protestantes viven todavía, con diferentes matices, en oscilación, religiosidades de cristiandad y de secularidad.

El modelo de cristiandad reservaba a la Iglesia Católica la última palabra sobre una única ética vigente en la cultura y en las naciones. Quedó acostumbrada a ser norma ética exclusiva de la ética personal y de la vida pública y a ser incondicionalmente impositiva.⁵ De este modo, desde el siglo pasado entró en profunda confrontación con las justas reivindicaciones que el incipiente liberalismo, todavía no en el poder, hacía ante todo poder absolutista, del Estado o de la Iglesia. Ahora, en los medios de comunicación, algunos grupos a ultranza se siguen comportando como si todavía vivieran en la Iglesia de cristiandad, la cuál era aceptada como la única norma válida de ética personal y política.

El modelo de Iglesia de secularidad, por otra parte, reconoce que la sociedad ha dejado de ser culturalmente cristiana y se ha convertido en sociedad secular. Esta respeta los derechos humanos, particularmente en nuestro caso, la libertad de conciencia en todos sus ámbitos, también en lo religioso, pero el pluralismo cultural no le permite a la sociedad sino reconocer las opiniones dentro de una unidad básica de los derechos humanos. Este modelo eclesial supone una reactualización genuina de lo que es la Revelación, aunque puede correr el peligro, si se extrema, de terminar en un racionalismo a ultranza.

En la Iglesia de secularidad, se parte de un reconocimiento de que Dios se revela no solamente al interior del cristianismo y de la Iglesia sino a todo el mundo, aun al más radical y secular. A la Iglesia le corresponde escrutar a fondo esos signos seculares de los tiempos, por más oscuros que parezcan; discernirlos a la luz del Evangelio, para acomodarse a cada generación y entablar un diálogo con el mundo, recibiendo y dando las propias respuestas de fe.

5. Mardones José María. **Postmodernidad y Neoconservadurismo**. Ediciones Verbo Divino, España, 1991, pp 69 - 153 y 189 - 275.

La base del diálogo de las religiones con el mundo secular es la democracia, entendida como un sistema de vida. Es mucho más que el respeto en el conteo de los votos. La democracia es sustantiva, directa y social, trascendente de las instituciones, incluso de la Iglesia católica. Es la solidaridad activa de las personas. Es un régimen de reflexión y crítica de la propia limitación. Abre espacios requeridos para el diálogo con los sectores de la sociedad pluralista. Es fundamentalmente un diálogo entre la sociedad civil y las instituciones.

Los modelos de religiones de cristiandad, como no establecen bien sus relaciones con la sociedad secular, se convierten en modelos que apoyan a distancia a los regimenes liberalcapitalistas.

3. RELIGIONES PARA EL CAPITAL

Me refiero a un caso entre los católicos, pero el fenómeno está generalizado entre otras denominaciones.

1) Algunos sacerdotes católicos han hecho la presentación de un cristianismo bastante ortodoxo, a los ojos del capitalismo triunfante al estilo de Fukuyama. Lo que más llama la atención es que ni antes ni ahora haya de parte de estos católicos ninguna crítica al capitalismo, como si no existiera la Doctrina Social de la Iglesia. Más bien parecen luchar con él, hombro con hombro, contra la confabulación mundial.

Ahora existe, en cierto sector católico, una revisión del cristianismo ansioso de justificarse ante el capital y bastante más dependiente de él, de lo que antes hubiera podido ser del marxismo.

La escena describe enfermizamente la situación actual de los católicos como una situación extrema: una lucha, quizá la más grande, la más dura y la más fuerte que han sostenido en su historia y que está causando más destrucción que nunca. Los ex-soviéticos se reorganizan ahora para continuar dañando a la Iglesia. Desde 1945 habrían creado el grupo llamado Magisterio Paralelo. Influyeron definitivamente en el interior de la Iglesia en América Latina, con su teología marxista, la teología de la liberación. Por los medios de comunicación se infiltran en la familia, y la destruyen a través de la manipulación genética. ¡Desde el exterior formaron, con los judíos, el Banco Mundial y las logias masónicas, otra columna del mismo ejército!

No se vale aplicar al pasado categorías del presente, ni mirar el presente desde un pasado inexistente.

2) Juan Pablo II enseña que el capitalismo es el que indujo la lucha de clases⁶. Paulo VI se refiere al capitalismo como a un nefasto sistema⁷ el cuál considera al lucro como motor esencial del progreso económico, a la competencia como ley suprema de la economía, a la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales correspondientes. Este sistema ha sido denunciado desde Pío XI, como generador del "imperialismo internacional del dinero". Hay que anunciar el Evangelio en toda su integridad.

La Doctrina social de la Iglesia propone al Cristianismo, fundado en el Seguimiento de Jesús, como un conjunto de valores personales y sociales. Se funda en los pobres con espíritu. Sus pilares son la vida (frente a la muerte de tantos no-hombres), la pobreza (frente al consumismo), el trabajo (por encima del capital) y la solidaridad (frente al exclusivismo individualista), en la comunión (sobre la lucha de clases).

Esto permite entender que es inaceptable para los cristianos la visión parcial del ciclo histórico de la modernidad, desde la presentación de una confabulación de los enemigos de la Iglesia, donde no aparece el principal: el capitalismo, todavía muy vivo, aunque ya en etapa terminal.

Pertencen al anuncio íntegro del Evangelio, las denuncias de un sistema capitalista que con el nuevo modelo económico ha hecho una escalada definitiva para aumentar la injusticia, para plegarse al sistema mundial, a costa de desempleo y depauperización. ¿Cómo es posible que de los doscientos multimillonarios del mundo haya veinticuatro mexicanos, cuando se calculan en México veinte millones de mexicanos en extrema pobreza?

Sobre la Teología de la Liberación ya expusimos nuestra opinión⁸. Es falso que la Teología de la Liberación sea una teología de la violencia o que tenga una posición diferente de la tradicional que la Iglesia ha tenido por siglos. Es falso que haya sido condenada por el Magisterio de la Iglesia. Sí es verdad que éste previene contra abusos y malinterpretaciones que puedan surgir. Es

6. Encíclica "**Laborem Exercens**", n. 11.

7. Encíclica "**Populorum Progressio**" n 26

8. **El Financiero**, 24 de febrero p. 33A. **Chiapas: el Evangelio de los Pobres**. Col. Temas de Hoy. Espasa Calpe Mexicana S.A., México 1994, pp 129-134.

también falso atribuirle una opción exclusiva por los pobres. Declara este Teología un amor universal, pero situado a partir de los más necesitados, para poder sentarlos a la mesa de la vida.

Finalmente, hay una crítica contra la Teología de la Liberación que merece ser tomada muy en cuenta: es una Teología que se mete en política. Esto merece reflexión aparte. Hay, en el Documento de Puebla, una excelente formulación de la doctrina de la Iglesia sobre la política⁹: la enseñanza escueta es que la Iglesia en su conjunto no debe meterse en la política de partidos, sino sólo actuar en la política del bien común, es decir, en el ámbito de la vida social y pública.

3) México necesita un testimonio completo del Evangelio.

En los últimos años, en México, se ha actuado en forma contraria a esa enseñanza. Se establecen políticas sutiles de corte partidista; particularmente con el Gobierno y con el Partido oficial, se negocia en las cúpulas en forma discreta y lo que es más grave, no se entra definitivamente en esta sociedad secular, para hacer así una contribución importante a la formación de una vida pública menos corrupta, más honesta y más capacitada para vivir el respeto a la solidaridad y a la democracia auténticas. En este terreno, la Iglesia actual, en apertura ecuménica, está llamada a denunciar las estructuras abusiva de corrupción e injusticia.

Tras estas actitudes contradictorias todavía tiene vigencia el antiguo prejuicio liberal, al que la débil Iglesia mexicana cedió a las claras y se dio a vivir el prejuicio como si fuera la concepción auténtica del Cristianismo: la Iglesia a lo espiritual, no tiene por qué entrar en lo material, en la política¹⁰.

9. Celam, Puebla nn 521 - 524.

10. Reyes Heróles Jesús. **El liberalismo mexicano en pocas páginas**. Col. Lecturas Mexicanas, 100, SEP-Fondo de Cultura Económica, 1985, todo el capítulo "Secularización", pp 256 - 352, principalmente las pp 257, 258, 268, 273, 311, 315, 329, 341, 349 - 352. Cfr. Merquiora José Guilherme. **Liberalismo viejo y nuevo**. Fondo de Cultura Económica, 1991, pp 97 - 113. Cfr. Roberto Blancarte. **Estado-Iglesia: Un balance a dos años de la nueva relación**. Este País, n. 38, mayo de 1994, pp. 3-7. El Financiero, 15 de mayo de 1994. En la reunión de Acapulco se discutió la posición del liberalismo frente a la religión. Dejamos para otro momento el estudio sobre el liberalismo en general. La posición del liberalismo mexicano queda muy claramente descrita por Jesús Reyes Heróles. Cfr. además, **"El papel de las Iglesias en el México de Hoy"** Secretaría de Gobernación y CEREM, México 1994, pp 106 - 114.

Los cristianos hemos de ver el nuevo milenio, la nueva época histórica que viene, con fe en el Dios de la creación y de la historia y con la esperanza en que el Evangelio tiene un mensaje específico para este tiempo y para el futuro. La insatisfacción profunda de muchos cristianos reside en que parecen tener que vivir en división. Por una parte, presentes en este mundo, tal como es por otra parte, presentes en una esquematización pasada de Iglesia, distante y aún opuesta a este mundo.

En referencia a la filosofía moderna, se habla de la paz en un doble sentido: como supresión del otro y como supresión de estructuras injustas mediante la aceptación del otro. Lo primero es muy fácil, aunque inútil y no implica sacrificio.

Hay que acudir a la ética política actual, para empezar a dar una solución de fondo. La reestructuración del país ha de tomar en cuenta la profundidad de la problemática. Los indígenas de Chiapas desafían al Estado y a la Iglesia, no sólo desde su no tener, por la injusticia social (¿cómo se ha podido llegar a tales extremos?), sino desde su ser cultural, desde el México profundo.

No se trata simplemente de una equitativa distribución de la riqueza. Se trata de respetar la cultura, la organización y las personas todas de los indígenas. No basta con restituirles todas sus pertenencias, hay que rehabilitarlos a su identidad profunda y respetarlos.

Esta liberación encuentra otra dificultad mayor: ya no sólo el autoritarismo celoso, sino también los intereses impostergables de la sociedad consumista y despersonalizante. En esta situación neoliberal, el obstáculo principal no es ni siquiera el equilibrar la desigualdad: sabemos que el capitalismo actual trata de hacer compensaciones y promesas de un futuro mejor. El obstáculo principal son los barrotes sociales que alienan al hombre definitivamente; barrotes sutiles como la información - desinformación de los medios, que no dejan que proliferen la auténtica opinión pública.

4. NUESTRA HISTORIA: ELUDIR LA LEY COMO ALGO EXTRINSECO Y APLICARLA COMO BOTIN INDIVIDUAL

En México ha habido una mutilación ética sustancial. El poder, particularmente el político, que ha prevalecido, ha sido poder autoritario y abusivo. Confiscó para sí el sentido y la práctica de solidaridad y responsabilidad social del pueblo, lo cívico, lo político. Lo hizo exclusivamente

suyo. Redujo la dimensión horizontal de la solidaridad, es decir la relación entre iguales, por la que todos y cada uno de los miembros de la sociedad se hacen responsables de todos y cada uno de los demás.

Sólo quedó la dimensión vertical autoridad - súbdito. Y la deformó, haciéndola instrumento de poder vertical del amo, con toda la responsabilidad sobre el esclavo y con la irresponsabilidad como única defensa ante la agresión. Pero, sabemos, solidaridad repugna con desigualdad.

Lo único que el abuso de poder le dejó al pueblo fue el individualismo, porque está convencido de que el pueblo, ya esclavo y sin solidaridad social, nunca podrá triunfar ni prevalecer contra el amo. El individualismo, en el pueblo, es otro mecanismo de reacción y defensa.

La solidaridad a que obliga el poder la entiende el pueblo como el ataque a los individuos, como su sometimiento y despojo. Por eso la evita en cuanto puede. En cambio, el individualismo es visto como la defensa necesaria de los derechos de cada una de las personas ante los que abusan. Así llegamos a la paradoja: derechos de los de arriba a obligar a la solidaridad y derechos de los de abajo a no dejarse vencer por la solidaridad y afianzarse en el individualismo. Así se entendió en tiempos de la Colonia y del México independiente. Así se ha entendido y más radicalmente, en los últimos sesenta y cinco años de poder del partido oficial. De esta manera se llega a un poder casi absoluto, a una solidaridad casi exclusiva, en la función presidencial. El resto prácticamente pasa a engrosar las filas del pueblo y a consolidar desgraciadamente la corrupción. Con ella se sacia la pervertida solidaridad y se negocia la individualidad. Finalmente se pierde en solidaridad y por tanto, en poder moral y efectivo.

Por ello se ha hecho una costumbre inveterada en nuestro país el ver la ley como algo ajeno, si no es como algo perjudicial y enemigo. Esta falta de armonía engendró daños incalculables: un pueblo arbitrario y caprichoso, siempre dispuesto a salirse con la suya, no por la confrontación ni por la discusión, sino por la evasión de la ley. Un pueblo dispuesto al soborno y a la corrupción, con tal de escamotear la ley, porque no la siente como propia sino como instrumento de sus extorsionadores, y un aparato burocrático contagiado por el soborno y alejado de una responsabilidad y solidaridad que se concentran cada vez más en el poder ejecutivo.

Hemos llegado a otro extremo. Frente a la imposibilidad de otra ley que el pueblo siente extrínseca, la del nuevo modelo económico y del TLC, el pueblo indígena propone una nueva solidaridad, la que brota de sus principios incontaminados por la civilización occidental: la dignidad humana, la constitución del otro como persona, como otro distinto del sistema como totalidad. Base de toda argumentación posible, la dignidad alcanza a todo el cuerpo, entraña la necesidad de reproducir la vida frente a la pobreza, la miseria, la imposibilidad de vida; la dignidad alcanza a la solidaridad con todo el cuerpo social, se cumple en su modo de entender la democracia, las voces de todos se hacen comunes, el servicio público, gratuito¹¹.

5. UNA PROPUESTA ALTERNATIVA: UNA NUEVA POLITICA GUIADA POR UNA NUEVA VISION DE HOMBRE

Lo opuesto al hombre que ejecuta fundamentalísticamente los mandatos y al hombre que elude la ley como algo extrínseco, es el hombre creador que desacraliza los mandatos y es dueño de los cambios.

La globalización de la cultura actual está en tal crisis que provoca desconciertos múltiples. ¿Cómo pensar ahora para hacer un proyecto original y a la vez con las riquezas del pasado?

Los grandes de este mundo, los del norte, no hacen cultura, si por ello se entiende el esfuerzo de pensar formas nuevas de conducir la convivencia humana planetaria, respetando sus diversidades, para someterla a las exigencias de la justicia y al juicio sabio.

Pero la preocupación por la eficacia del sistema económico ha sustituido a la perspectiva del bien de la comunidad humana. Lo que impera es el desenfreno del progreso, ciego y sordo a cualquier otra cosa. Se sirve a la acumulación, aproveche o no al hombre. Se siente, sin embargo, que ya no se puede seguir así. El individualismo ha hecho estallar la sociedad. El hombre violento es el mayor peligro. El pensar debe ensancharse más allá de los límites del exclusivo saber técnico, ya intolerable y por tanto, impensable. hasta un saber comunicativo que busca la convivencia. Hay que escuchar todas las voces, para reconocer el mundo que quiere nacer. No se puede escuchar sólo a los fundamentalistas. La razón marchitó el sentido de la vida. Hoy al menos se quiere sentir que se vive, en la realidad o en la alienación. Hay que renunciar a la objetividad exclusiva y aceptar la subjetividad como parte de la

11. Dussel E. "Dos juegos de lenguaje", Nuevaamérica n 82, p 13).

realidad. Ayer la razón objetiva fue lo supremo, hoy es cuestionada a partir de una perspectiva globalizante y por su olvido de las dimensiones fundamentales en el hombre. Ya la razón no puede olvidar su encarnación en la cultura del mundo. La preocupación por el hombre es legítima.

Ya no podemos abandonar las cosas a los especialistas y a los constructores de mundos artificiales, desconectados del mundo de los sentidos y de los sentimientos del hombre, como se ha hecho en la modernidad. Hay que liberar al hombre de las redes de su mecánica productiva, sin sentir, sin querer nada. Debe siempre hacerse a sí mismo y darse un mundo. La instrucción no puede ser medio para un fin, el progreso calculado.

En síntesis: la sociedad productiva espera, necesita una política nueva, guiada por una nueva visión del hombre.

De esta manera y es especialmente importante en estos momentos en México, el hombre tiene que entender que en el régimen democrático el lugar del poder es un espacio vacío, en cuanto el poder es siempre delegado. El que lo detenta no puede pretender apropiárselo. Ni el presidente, ni el partido oficial, ni los partidos de oposición, pueden detentar el poder. El pueblo, junto con sus organizaciones formales e informales, lo delega. Es el principio de toda democracia.

La nueva cultura, la nueva ética, la nueva democracia exigen:

- no violar obligaciones del hombre para cumplir con lo que el orden artificial le pide cumplir.
- servir a las instituciones y organizaciones que necesita el hombre en sociedad para poder ser creador.
- servir a la autoridad, no al caudillismo. en cuanto remita simbólicamente a la esfera de obligaciones de todo hombre para con los demás,
- aceptar la necesidad de castigo como garantía de la ley y de la vida humana y como forma de respetar la humanidad en el criminal,
- brindar seguridad, sabiendo que el miedo o el terror son veneno para el hombre.
- respetar la libertad, como posibilidad de aceptar normas asumidas conscientemente.
- ser responsable. como necesidad para alimentar el sentimiento de vivir humanamente con los otros y de serles útil.

- vivir la igualdad, como reconocimiento de los hombres, quienes merecen todo respeto, cualquiera que sea su proyecto humano.

6. LA NUEVA DEMOCRACIA: LA RESIGNIFICACION DE UNA ANTIGUA EXIGENCIA

Todo mundo da la definición clásica de democracia: el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Y dentro de ella caben todavía significados diversos. En nuestro presente nacional, me parece que hay tres significados distintos y claramente definidos: la democracia simulada, la democracia formal y la democracia nueva.

La democracia simulada alcanza ribetes surrealistas que todo el pueblo mexicano conoce desde antaño: ánforas llenas de sufragios desde el comienzo de la votación, robo peliclesco de los votos, conteos arreglados, e incluso, maquillajes electrónicos en las flamantes centrales de cómputo, todo contexturizado para bajar los tonos, si el pueblo protesta demasiado. Es la simulación de democracia que abunda en los lugares apartados, donde la ignorancia y la decidia se han impuesto. Son los caciques, los municipales, los politiquillos de segunda, los que hacen el trabajo sucio.

Esta simulación corrupta, arraigada hasta lo más profundo, en una tierra erosionada por siglos, no está dispuesta a dejar que su democracia muera. Ni siquiera advierte que para estar dentro del Tratado de Libre Comercio tiene que despojarse de esos atavismos.

La democracia formal, simulante, es una exigencia de todo mundo, que actualmente presiona con fuerza sobre el Estado mexicano. La presión viene de los grupos más despiertos y concientizados del interior. Pero es todavía más fuerte la presión de los Estados Unidos. Estas exigencias, dicho sea de paso, de ninguna manera ofenden al Estado de derecho ni a la soberanía. Un padrón electoral confiable, un procedimiento transparente en las elecciones, son exigencias de justicia que cualquier hombre, en virtud de su dignidad, puede y debe hacer. Los Estados Unidos, además de sus ideales soñados, tienen otros móviles para exigir la democracia formal: es garantía de estabilidad social, que a su vez garantiza sus inversiones económicas. El actual Embajador, según la prensa, ha dicho que si las elecciones no son transparentes, habrá fuga de capitales. Con este ejemplo de democracia, exigida por el vecino del Norte, se perciben también las enormes deficiencias inherentes a ella. Porque se trata de un modelo de democracia que está al servicio del lucro

económico, esta democracia americana ha destruido, ha dañado esfuerzos para construir democracias o sistemas sociales más justos en América Latina y otros continentes. Fue construida en una historia muy violenta y continua practicando dicha violencia. Sin embargo, en el México atávico puede presentar, coyunturalmente, exigencias actualmente provechosas

Ya no se trata de una democracia simulada, sino de una democracia dominada por intereses superiores. Son las exigencias del TLC.

La democracia nueva es precisamente eso, algo totalmente inédito; está naciendo. Es el parto de una sociedad que ya no tolera los dolores que las otras democracias le han causado. La novedad exige ausencia de principios y reglas exhaustivas. Hay que hacer sistemas nuevos. La herencia rica del pasado, por rica que sea, no puede obstruir la validez y recreación del presente.

La democracia nueva nace de un humanismo nuevo. Los derechos humanos pueden ser, por primera vez en la historia, verdaderamente universales. Establecen puntos de referencia comunes para comunicarse y dialogar conflictos y diferencias entre grupos, sociedades y estados. El humanismo nuevo tiene como núcleo los derechos humanos de cada uno de los hombres. Se sacude las ideologías de poder que se construyen con ese pretexto. Ahora son los derechos humanos los que se imponen sobre los sistemas y no al contrario.

En esta nueva visión del mundo se ha perdido, pues, la idea centralista de una determinada ideología, así se llame occidente o cristianismo, es decir, la ideología de cristiandad, la democracia parlamentaria y liberal y el mercado libre, construcciones rígidas, estados centralizados, políticas "necesitaristas". Es lo definitivo y nuevo lo que finalmente da a luz esta sociedad secularizada. El hombre se ve atosigado por los sistemas y se los sacude. Esos derechos humanos concretos, sin rebozamientos ideológicos, son los que se imponen una vez más como el fundamento y la base universal de todo entendimiento. Este nuevo sentido de derechos es el que entienden las víctimas y sobrevivientes de la violencia estatal o de formas sistemáticas de discriminación social. Toma conciencia de las grandes injusticias existentes y sin razón, sin justificación y sin castigo, con impunidad. Es, pues, la disposición capaz de romper con todos los obstáculos que impidan una libre comunicación, que permita a todos y cada uno exponer opiniones, confrontarlas, analizarlas y criticarlas, de suerte que de la comunicación brote un consenso racional que permita el acercamiento a la verdad. A esta nueva democracia le es inherente

una nueva ética, que es voluntad de entendimiento. Comparte unos mínimos éticos, dentro de un amplio pluralismo, a partir de los cuales es posible ir construyendo un acercamiento a la verdad y una voluntad común. Es todavía un diseño experimental y puede adquirir varias formas. Estrella, pues, contra el suelo el alabastro de las democracias formales.

Ahora, en México, hay focos de estos nuevos derechos, de esta nueva democracia, aún en sectores diversos y contradictorios.

En el panorama mexicano se descubren dos fuerzas principales que entran en tensión: por una parte, desde la cúpula, las presiones económicas internacionales y sus exigencias en el campo social, a saber, la democracia formal y los derechos humanos, y por otra, desde la base, la reivindicación social cada vez más desesperada y violenta, como en el Estado de Chiapas, que ya no soporta más la injusticia arcaica, sin matices ni escrúpulos.

Ambas fuerzas -desde la cúspide internacional y desde la base nacional- sacuden y presionan la capa intermedia de la política interna de México y muy principalmente, de la política oficial del PRI. Provocan un rejuogo complejo de luchas por el poder. De hecho han abierto dos frentes de tensión y lucha.

El primero, no tan importante para la nación pero decisivo para el PRI, significa una intensa lucha entre los liberales y los neoliberales, entre el viejo y el nuevo régimen, entre los caciques y antiguos políticos que quieren seguir gobernando como en el pasado y el neoliberalismo nacional, que urge a los cambios exigidos desde el extranjero: una democracia formal más patente y un respeto a los derechos humanos más apegado a la ley.

El segundo frente de lucha, el principal y decisivo, se da entre este mismo neoliberalismo social, que bajo cuerda mantiene tensa tolerancia con la vieja guardia priista y una perspectiva de la realidad social que juzga absolutamente insuficientes estos cambios formales. Porque en el neoliberalismo sólo una élite disfruta de libertad efectiva y de derechos fundamentales y sólo se urge una democracia formal, que exige limpieza y transparencia en las elecciones y que garantice la estabilidad social, pero que no cuestione un "orden establecido" conforme a los intereses del capital internacional.

Ahora, pues, la política oficial busca un difícil equilibrio, por no decir imposible, entre la antigua mentalidad liberal, todavía muy extendida pero

reacia a las exigencias sociales del neoliberalismo y la urgencia real de las bases sociales.

Como se ve, se trata principalmente de la tensión entre el liberalismo y la reacción desesperada que produce. Entre un gobierno liberal más inestable, parcial y cercano a los ricos y más distante de los pobres y el descontento general de la base

En síntesis: la lucha principal se da entre las presiones formales del extranjero y las presiones reales del pueblo, esperamos no generalizadas en violencia.

Se ha sofisticado bastante el proceso electoral en orden a la transparencia de los comicios. Pero sólo será decisivo, cuando el pueblo solidario y democrático, tome en sus manos ese proceso.

Es obvio que al condicionar la economía se condicionó la política. Dígalo si no la merma de las inversiones extranjeras por los nuevos acontecimientos y la baja de la bolsa de valores. Ni el gobierno, ni los partidos políticos, incluyendo sobre todo al PRI, pueden seguir siendo los mismos a partir de la firma del TLC. Esto ya lo sabíamos. En el caso de Chiapas, solo lo constatamos una vez más. Y lo comprobamos definitivamente en el difícil contexto de las elecciones.

La presión norteamericana se ejerce por los canales de la discusión en sus cámaras, por el influjo de los organismos internacionales de derechos humanos y por la opinión pública.

Los cambios políticos que impulsa y exige la economía norteamericana son en la línea de la democracia electoral y de los derechos humanos -evidentemente como garantía social para su inversión económica- y en especial, el derecho a la información patente y veraz.

Ya hemos dicho por qué estas exigencias de los norteamericanos son claramente insuficientes para el establecimiento de la justicia. Sí pueden significar un pequeño avance a la corta, si se toma en consideración el sinúmero de arbitrariedades que se cometen en el México arcaico del interior.

La mentalidad obsoleta de los caciques no quiere cambiar ante las nuevas exigencias. Critica indistintamente los programas de Pronasol, no por injustos o insuficientes, sino como instrumento de agitación revolucionaria. Tiene una

deformación muy parcial del Evangelio. Y al Evangelio que cuestiona sus intereses lo llama Evangelio deformado por la lucha de clases. Miran sólo la reacción violenta contra ellos. No quieren ver la violencia anterior y más poderosa, que ellos ejercen sobre los de abajo. En la Enseñanza Social de la Iglesia claramente se distinguen dos tipos de violencia: la institucionalizada, de arriba, que oprime e induce la violencia reactiva, de abajo, que se defiende y estalla.

En la coyuntura actual, el neoliberalismo social urge las garantías de la democracia electoral y de los derechos humanos. Por tanto, la pregunta fundamental para el que busca la justicia del pueblo mexicano es: ¿cómo aprovechar esa coyuntura actual, sin contentarse con sólo satisfacer la exigencia liberal, sino avanzar hacia una democracia más profunda, real, justa y estructurada en la sociedad?

La pregunta nacional más candente se podría formular así: la ya irrefrenable tendencia democrática, ¿superará o se someterá a los actuales modelos económicos y políticos? ¿Impulsará a un México nuevo?

Por ello, está en manos de la sociedad civil comprometerse, según la entrega que exige una situación emergente como la actual, con la nación entera a la que se le debe, especialmente con los más pobres, los que más han sufrido y más se han empobrecido. El compromiso ha de ser definitivo.

Definitivo en cuanto a que la sociedad civil ha de ratificar la opción de la no violencia activa, en favor de la justicia. Creer que la no violencia activa sigue siendo, particularmente en las actuales circunstancias, una fuerza mucho más eficaz que la violencia.

Definitivo ha de ser el compromiso en cuanto al auténtico Estado de derecho. Su exigencia requiere un mínimo de libertad, de solidaridad, de valentía y de paciencia. Pero sus réditos son muy altos. Cuando la sociedad civil urge el cumplimiento del derecho, está en el mejor camino que conduce al establecimiento de la justicia. Frente a los derechos humanos no hay ni privilegios ni negociaciones ni concertaciones, porque son los derechos humanos exigencia absoluta. La sociedad civil ha de estar en relación solidaria con la sociedad internacional para trabajar por la justicia en México. Con el mismo fin, se debería mantener también en estrecha colaboración y solidaridad con los grandes centros internacionales y nacionales de derechos humanos.

El compromiso ha de ser definitivo en cuanto a que la sociedad civil ha de convencerse de que es indispensable vivir la democracia, exigencia fundamental de toda visión sólida del hombre.

El desarrollo consciente, libre, responsable y democrático, de la sociabilidad humana y de la solidaridad, es insustituible, pero requiere mucho tiempo y paciencia. Requiere, además, de un especial tipo de instituciones que favorezcan el crecimiento de todas las personas y el robustecimiento de todo el tejido social.

Más precisamente: para entender este tipo de instituciones que se orientan a la realización de los valores humanos en toda su amplitud, es conveniente establecer una distinción: hay instituciones que dirigen su actividad a la práctica y concreta realización del bienestar (bien) común, a un ejercicio de autoridad y poder sociales. A ellas pertenecen, por ejemplo, los diversos aparatos de Estado, los partidos políticos, los sindicatos. Hay otras instituciones encaminadas a otro objetivo: a capacitar a las personas y a la sociedad a trabajar humana, democrática y solidariamente en la gestión del bienestar común. Para su objetivo diferente realizan estrategias distintas. Nos referimos a las universidades, a las iglesias y a otros centros filantrópicos. Estas instituciones están inmersas en la vida pública, se deben a la sociedad, pero en forma diferente al otro tipo de instituciones. Trabajan en un horizonte de últimas realidades y palabras, en todo lo que afecta al bien de los hombres y de las comunidades o grupos de la sociedad. Estando al servicio de ese horizonte último y respetando las diversas opciones concretas sociales y políticas, son última instancia crítica y permiten que las otras instituciones luchen por gestionar el bienestar común en un pluralismo de caminos y tácticas, como el de los partidos políticos. Pero precisamente por eso mantienen una diversa identidad y diferentes objetivos, que no les permiten cambiar sus actividades. Una auténtica universidad, por ejemplo, pierde su identidad si se convierte, prioritariamente, en gestora o palestra de lucha política o peor aún en militante, de un sólo partido.

En nuestra opinión, son precisamente estas democracia y ética nuevas las que nos están ayudando a formular qué es lo que pasó el día 21 de agosto y cómo salir del asombro. Son también las que pueden impedir la vuelta a la flamante práctica neoliberal que hizo su aparición gloriosa en esa fecha, o la práctica de las viejas estrategias que enturbian los comicios, todavía mayoritaria entre los fósiles del partido oficial.

Desde una reflexión prioritariamente ética sobre los acontecimientos de las elecciones, compartimos lo que está empezando a ser nuestra primera conclusión.

La sociedad mexicana está sufriendo una profunda transformación social y política como consecuencia del nuevo modelo económico adoptado por México y concretado en el TLC. Esa transformación se ha dado en un doble aspecto: un avance definitivo en la transparencia de las elecciones y un refinamiento en el manejo de las personas a través de la opinión pública. Esta doble transformación es, en definitiva, exigencia de los norteamericanos, como garantía social de sus crecientes inversiones en México. Es lo que se llama democracia formal, es decir, respeto al proceso de las elecciones, sin cuestionar el marco ideológico. Pero este respeto no rechaza de ninguna manera aplicar todos los métodos de la técnica moderna, particularmente la de los medios de comunicación, para influir en las mentalidades de manera que queden controladas, según la filosofía de la sociedad consumista y neoliberal.

Los conservadores priistas siguen obstaculizando este paso, porque prefieren lo que hemos llamado la democracia simulada, la del manejo abusivo y descarado de las boletas electorales.

Y cuando la mayoría de los mexicanos estaba precisamente atenta a la preparación y desarrollo de una elección limpia, que se esperaba fuera muy transparente, la manipulación de la opinión pública influyó definitivamente en las conciencias, que por atender a lo primero se inclinaron sin darse cuenta en favor de un voto conservador mayoritario.

Hay que detenerse a ponderar este cambio.

En primer lugar, lo positivo. Hubo muchos estímulos para votar.

Unos eran inmorales porque prácticamente equivalían a comprar el voto. Otros eran positivos y muestra inequívoca del avance de la democracia formal. Parecía que había llegado el tiempo en que los votantes fueran tomados en cuenta y respetados. Se alcanzó la máxima cifra de participación: el 77.7% de los electores registrados. Este signo positivo en favor de la democracia dará mucho que pensar, tanto al partido oficial, como a la oposición.

Nadie cree que esta democracia simulada desapareció, como por ensalmo, de la noche a la mañana; pero sí disminuyó definitivamente. Todo el manejo ilícito de las boletas está condenado a desaparecer con el avance irreversible de la democracia formal.

Esto no significa que abandonemos la revisión del proceso electoral. Los partidos políticos ya han presentado sus denuncias y hay que estar muy atentos a todo el proceso de revisión que se tendrá que hacer por ley. Hay que luchar contra todos los abusos.

En la exigencia del respeto a las elecciones transparentes, hay que reflexionar mucho más profundamente en el cambio cualitativo que tuvo lugar antes de la elección y del que el pueblo de México estuvo bastante poco consciente.

De algunas causas el pueblo no estuvo consciente porque no tuvo ni tiene, en ningún momento, acceso a la verificación de lo que es una sospecha a voces: la indiscriminada movilización de dinero entre el gobierno y el partido oficial.

Se sabe que por ley el costo de las campañas de los partidos políticos tiene un límite. Los partidos de oposición están controlados tanto por ese límite como por el dinero que reciben de sus afiliados. ¿Quién controla al partido del gobierno? ¿Quién puede controlar a sus miembros distinguidos, si como políticos en el ejercicio de sus servicios públicos aportan dinero del erario a su partido?

La dispendiosa campaña se mezcló indebidamente con el gasto público. En el conflictivo de Chiapas, por ejemplo, el gobierno aportó sumas muy elevadas a los campesinos, para la siembra, pero por casualidad se dio en la cercanía de las elecciones. Lo criticable no es la ayuda a los campesinos en tiempo oportuno, aún cuando coincida con las elecciones, lo criticable es el constante contubernio entre gobierno y partido: se aportan terrenos y ayudas pecuniaras como gobierno y se merecen como partido.

La dinámica del neoliberalismo va a acrecentar notablemente la liga de los grandes ricos de la empresa privada, con los grandes ricos del gobierno y del partido oficial. Algo muy significativo fue, simplemente, la publicidad de la famosa cena que el Sr. Antonio Ortiz Mena organizó con los grandes capitalistas para dar una aportación a la campaña del PRI. Aunque los grandes millonarios no hubieran dado nada, el sólo desplante de Emilio Azcárraga queda para la posteridad.

En síntesis: la nueva economía trajo un reforzamiento, entre los grandes ricos, a fin de apoyar políticamente un proyecto económico que les rinde grandes dividendos. Se trata, pues, de un incremento y de una polarización de la clase social más poderosa del país, que está disfrutando como nunca de la práctica neoliberal. La democracia formal tiene muy claras limitantes. En los Estados Unidos se concentra a jugar en el área de competencia entre republicanos y demócratas, pero no cubre todo el terreno, lo cuál permite un rejuego de crítica del sistema capitalista y su transformación democrática. La concentración en el área menor no permite mirar al área mayor.

Otra deformación política, consecuencia del modelo económico, son los programas de Pronasol y Procampo. Hay que mencionar dos aspectos de ellos. Por una parte, han sido ideados, desde un principio, como proyectos que atemperen un poco el enorme desequilibrio de injusticia social que el neoliberalismo trae consigo. Por otra, han sido además, aprovechados coyunturalmente como poderosos atractivos de las propagandas políticas del partido oficial. Y aunque estos proyectos desaparezcan o cambien de nombre, surgirán otros que hagan la misma labor de lavar la injusticia social que genera siempre el neoliberalismo. Muchos mexicanos, comprados con estas dádivas, entregaron su libertad con su voto.

A estos dos grandes manejos de las conciencias, se añade el principal, el de mayor eficiencia y el que más inconscientemente se apodera de las conciencias. Por ahora nos basta decir que la prensa y la televisión, dominada por Televisa, deformaron a su gusto la personalidad de los tres principales candidatos. Con pocas pinceladas ennegrecieron y deformaron a los de la oposición. Favorecieron abiertamente las cualidades y los "slogans" del candidato oficial. Dos "slogans" fueron definitivos para votar conservadoramente: confianza en el que sí sabe cómo hacerlo y deseo de paz.

La paz fue promovida desde el terror de la subversión y de la guerra. Ante la opinión, los multimedia cambiaron genialmente los papeles de las personalidades en forma maniquea: los buenos van por la paz y el orden del Estado de Derecho (ocultando que ese orden es estructuralmente injusto) y los malos, como Cárdenas y el PRD, los zapatistas y Marcos, D. Samuel y la "Iglesia paralela", el marxismo junto con la teología de la liberación y con los jesuitas, todos ellos, por la violencia. El argumento fue tumbativo en muchos estratos sociales. A todo esto se añadieron las encuestas de opinión. Por su

sofisticación, reflejaban los efectos de la publicidad y reforzaron la tendencia conservadora.

La corrupción de la verdad, de las conciencias y de la libertad, se incrementó: si la consideramos tanto en su forma tradicional como, sobre todo, en el nuevo estilo neoliberal.

Ninguno de los tres partidos ni el conjunto del pueblo, pueden verse maniqueamente: o sólo buenos o sólo malos. Esto nos impide que podamos mirar, junto con todo lo bueno, la mutilación ancestral de valores que el pueblo mexicano ha padecido.

Del partido en el poder hay que dar un juicio, no político, sino ético: hay una injusticia estructural enorme por la fusión ilícita (dejamos a los juristas juzgar hasta qué punto es ilegal) en un monolito, de estas cinco funciones: nación, Estado, gobierno, partido oficial y Poder Ejecutivo. "Absurda identificación - nación - estado - gobierno - partido, manejada como discurso ideológico y como praxis administrativa, que vacía de sentido la vida nacional, al reducir el panorama del bien común y de la acción política a los intereses y a la actuación del partido en el poder"¹².

Pero sectores menos conscientes de la población todavía creen que las dádivas oportunas del gobierno antes de las elecciones son preferibles a una dolorosa liberación. Esta injusticia tradicional se hizo fundamentalmente porque el pueblo de México ya era corrupto, a pesar de sus muchas otras cualidades.

A la injusticia tradicional, hay que añadir otra más refinada ya descrita, que tras la máscara de la transparencia y la legalidad de las elecciones democráticas, esconde una manipulación sofisticada y sutil. Se trata de la domesticación de los hombres, de su robotización, tan inherentes a la estructura neoliberal. Esta nueva injusticia estructural es manifiestamente engañosa: hace esclavos que se creen ser libres.

Este drama consiste en que en el momento en que más se necesita su presencia en este México, más brillan por su ausencia.

12. Suárez Rivera Adolfo Mons, "Instrucción Pastoral Sobre la Dimensión Política de la Fe", Monterrey, marzo de 1987.

Ahora urge que las iglesias apunten, desde su mensaje religioso, a concebir y poner en práctica una nueva ética mundial. Necesitan afrontar el nuevo grado de refinamiento en la corrupción y en la manipulación social, ya señalado.

Hay además, al menos en la Iglesia Católica, una contradicción palmaria entre el dicho y el hecho: afirmar, por una parte, que la Iglesia Católica no debe meterse en la política de partidos sino sólo actuar en la política del bien común, en el ámbito de la vida pública, conforme al documento de Puebla¹³, y por otra, hacer precisamente todo lo contrario: establecer política de corte partidista, con el Gobierno y el Partido Oficial, negociar en las cúpulas y tras bambalinas, muy a nuestro estilo y no entrar, definitivamente, conforme a su misión, en esta sociedad secular, para hacer una contribución a formar una ética política que cuestione todos los abusos estructurales de esta corrupción e injusticia. Sobre todo, para romper el monolito descrito. Esto es mucho más tarea de la política de bien común que de la política de los partidos. Y es lo que no se hace. Puede ser que estorbe la concepción de un Estado Vaticano. Porque su acción se mira más como política de poder que como política desinteresada, de bien común. Y es probable que la concepción de la Iglesia como Estado Vaticano prevalezca sobre la sencilla noción de Iglesia local.

7. LAS MEMORIAS DE CAMACHO: ¿CAMBIO SIN RUPTURA O RUPTURA PARA EL CAMBIO?

Manuel Camacho Solís, politólogo y político, ha sacado su libro tan esperado, de también doble vertiente: de ciencia política y de política práctica¹⁴. Ambas vertientes son pragmáticas, coherentes entre sí y definitivas. Es decir, Camacho pone, de hecho, en prioridad a la Ciencia Política sobre la Economía, la Sociología y la Ética. E igualmente en la política práctica: de la nueva constitución de los partidos hace depender la solución de los otros problemas sociales y políticos de hoy.

La lectura política se tiene que hacer obligadamente dentro del cambio presidencial: dentro de lo que no hizo Salinas y de lo que debe hacer Zedillo, dentro de la apertura democrática exigida por la nueva economía y dentro de la manifiesta pugna intrapartista, ya con hechos de violencia, entre el poderoso grupo conservador de los privilegiados del partido, y la minoría decidida a la apertura a los cambios políticos estructurales, democráticos y jurídicos, con los que Camacho se solidariza.

13. Celam Puebla, nn 521 - 524.

14. Camacho Solís Manuel. **Cambio sin ruptura**. Alianza editorial, México, 1994.

El libro urge el cambio democrático de la estructura de los partidos, principalmente del PRI, para que no se produzca ni la ruptura nacional ni la escisión del PRI. Pero el cambio sin ruptura puede quedar en cambio sin cambio, si las fuerzas políticas no hacen efectivo ese cambio estructural. ¿Están el gobierno y el partido oficial en la disposición de hacer efectivo ese cambio sin rupturas? La coyuntura parece inclinarse al no.

Se pueden leer dos intenciones en el alegato camachista por el cambio sin ruptura: persuadir de la necesidad de la apertura democrática definitiva, a fin de que el PRI se salve de su quiebra y lograr una negociación que le dé unidad y nueva vitalidad a toda la política. Parece ponerse un tácito ultimátum: si el PRI gobierno no se abre sustancialmente ahora a la democracia, está liquidado. El diagnóstico no muestra ninguna duda. Es definitivo. Habrá, pues, que buscar nuevas rutas conducentes, como nuevos partidos. El cambio es necesario e inaplazable en la política actual. La solución para México está hoy en un cambio político; en un cambio estructural sobre los partidos políticos, que haga posible la separación del PRI y del gobierno, que modere los excesos presidencialistas, y que llegue a una federación robusta en las entidades federativas.

Pedir el definitivo cambio democrático es cosa óptima. Pero, ¿se dan las condiciones reales para ese cambio, como lo pide Camacho? ¿Es posible un cambio sin ruptura política, que no quede en cambio sin cambio, en cambio para no cambiar? ¿O es más real, aunque mucho más lento, intentar una ruptura no política sino civil, una inconformidad no violenta, que independientemente de la política y desde abajo, con creciente concientización, no tolere ninguna postura política que privilegie la actual estructura, y exija hacer un verdadero cambio a la democracia? El politólogo, político y priista se inclina por lo primero. Cuenta con una poderosa razón. El cambio ya no espera.

El objetivo del libro es persuadir para que el consenso mayoritario de centro, pacífico y conservador, se fortalezca y evite, democráticamente, una ruptura nacional. Este consenso apareció, dice el autor, como un referéndum subyacente, pero muy importante, que el pueblo de México hizo en las elecciones del 21 de agosto.

La principal crítica al político Camacho es acerca de ese centro, pacífico y conservador. Porque queda allí una gran ambigüedad en la comprensión de la política. La paz se está entendiendo en sentido doble y opuesto: suprimir al

discrepante y conservar por la fuerza lo ya apropiado -los privilegios de los grupos de poder, el PRI, como estamos viendo-, o suprimir la discrepancia por la aceptación del discrepante y del diálogo -utopía que quisiéramos ver más presente-

Por otra parte, lo conservador se entiende como lo opuesto a una ruptura violenta. Camacho tiene razón: el pueblo no quiere esa violencia que destruye el estado de derecho nacional. Pero Camacho no prueba que ese referéndum sea en favor de un cambio de los partidos políticos, particularmente del PRI. Esto habría que probarlo muy sólidamente. Una primera impresión, más bien, sería de lo contrario: la mayoría prefiere que el PRI siga gobernando tal como está.

Ahora bien y esto es lo más cuestionable de la propuesta, lo pacífico refuerza lo conservador, reactivo a los cambios que propone Camacho. El manejo del temor a la violencia (Chiapas) hizo que el pueblo prefiriera el statu quo prolongado del gobierno priista. Más vale malo por conocido, que bueno por conocer. De este primer sentido de paz y violencia, Camacho trata de llevar a los políticos, especialmente a los del PRI, al segundo sentido, al de la verdadera paz que confía más en aceptar al otro y en creer en la fuerza del razonamiento.

Camacho trata de persuadir con el mismo argumento de la paz y del temor a la violencia, pero ahora a la violencia dentro de la política y necesariamente, dentro del PRI.

El político Camacho, que bregó, en su administración del Distrito Federal, con la corrupción, con los policías y con los judiciales mal portados ¿cree que están dadas las condiciones para el cambio que propone, de manera que no se dé ruptura política? El mismo ha experimentado lo contrario, en su propia persona.

En mi opinión, estas experiencias dolorosas del político deberían persuadir al politólogo de la dependencia que la ciencia política tiene del pueblo real, tal como lo analiza por la Sociología, la Antropología, la Ética. ¿O es que el cambio sin ruptura va a salir de los dirigentes del PRI? ¿Se podría llevar a cabo si simplemente se acepta el modelo económico tal como está, si no se toma en cuenta la cooptación corrupta y constante, que el pueblo hace a sus dirigentes para que no se cumplan las leyes? Por otra parte, Camacho no se

opone a esta vía social concientizadora desde la base; simplemente la deja en un segundo plano y la toma poco en cuenta.

8. CREDIBILIDAD DE LAS RELIGIONES ¿A QUE SEÑOR SIRVE?

En el encuentro de Acapulco¹⁵, donde se empezó a trabajar en apertura ecuménica el papel de las iglesias en el México de hoy, hubo un tema común que puede llevar a un consenso entre ellas y a una acción conjunta sin precedente: la crisis de credibilidad en las instituciones, particularmente las públicas y la inesperada credibilidad en las instituciones religiosas.

La afirmación fundamental es que sobre las iglesias, en el México de hoy, carga una enorme responsabilidad histórica: la de impulsar la creación de una sociedad más libre y menos irresponsable, más justa y menos corrupta, más democrática y menos autárquica. Y todo ello, manteniendo su identidad de iglesias, sin afiliarse ni hacer proselitismo por los partidos políticos.

Desde este importantísimo ángulo de la confianza, pocas instituciones llegarán a tener la enorme responsabilidad cívica, que actualmente pesa sobre las iglesias, para la transformación de nuestra nación. La responsabilidad puede evadirse. Y desgraciadamente la confianza depositada en las iglesias es ambigua y por doble partida, por parte de los agremiados y por parte de las iglesias.

La ambigua confianza de los agremiados en las iglesias ha de pasar por un filtro que separe la confianza falsa de la verdadera, que retenga la inauténtica y dé curso a la auténtica.

Una primera señal de confianza inauténtica consiste en creer en el pasado por ser pasado o en afirmar que lo presente, por ser tal, es auténtico. Aferramiento incondicional o al pasado o al presente. La rigidez no permite cernir la realidad.

En consecuencia, se impone un primer discernimiento de esta confianza: si es significativa o no esa religión para el mundo de hoy. Si no lo es, la iglesia ya no pertenece a este tiempo. Si lo es, debe esa iglesia sumarse a las actuales fuerzas auténticas del hombre y mostrarse capaz de hacer algo por él, para liberarlo de su propia amenaza de muerte.

15. Cfr nota 9.

Una segunda señal de confianza inauténtica puede consistir en aferrarse a una falsa seguridad: querer vivir en el presente, pero de espaldas a la realidad social. Adherirse incondicionalmente a cualquier pasado, como a áncora de salvación; igual a ritos sagrados muy elaborados por la tradición, que a rígidos códigos de una tradición moral, con tal que liberen de la culpa y tranquilicen la conciencia, para seguir evadiendo el compromiso social con este mundo.

En cuanto a la vida política, el incompromiso de estas mentalidades se fundamenta en dos distinciones traídas de la filosofía griega: basta el compromiso teórico de la institución para que los individuos se comprometan en la práctica particular. La institución vive fuera de este mundo. Frente a la política del bien común, frente a la denuncia concreta, la institución existe sólo en teoría. Sólo los particulares actúan.

Es, pues, necesario un segundo discernimiento de esta falsa confianza. Una religiosidad que evita el riesgo de la novedad de la historia, del conflicto y de la lucha por la justicia, es, al menos por este aspecto, inauténtica, con todas las distorsiones que de ahí se sigan.

Una tercera manifestación de confianza inauténtica: pretender vivir en el presente, de espaldas a la realidad social, pero atraído y adherido a cualquier novedad, así sea una moda superficial. Hay una característica mayor: estar fuera de cualquier institución religiosa, en pleno esoterismo.

Los diversos filtros permiten obtener una confianza en que las iglesias, precisamente por su autenticidad en el servicio a la humanidad, afronten el presente, resuelvan los conflictos en favor del bien de los hombres, en una lucha irreconciliable con los abusos de poder y que es a muerte. Las iglesias están llamadas a una actividad política de bienestar común, como grupos intermedios y como individuos. Para decirlo en términos de fútbol, las iglesias están llamadas a una presencia, para organizar con justicia los juegos y mantener los estadios y las canchas. Colaborar en el impulso al fútbol implica distancia y equidad frente a los equipos.

Algunos intelectuales están exigiendo una redefinición de la Iglesia Católica. Les llama la atención el conjunto de cambios del neoliberalismo heterodoxo, porque les rompe su esquema ortodoxo y los deja inseguros. Para el liberalismo a ultranza de nuestra tradición hay una rígida división entre el mundo de lo sagrado y el de lo profano. El primero pertenece a la libertad de

conciencia y a las asociaciones religiosas; el segundo es totalmente laico e independiente, sin presencia alguna de las iglesias. Es impensable en esta mentalidad que las iglesias incursionen en la vida cívica y política. Y los intelectuales reviven y aducen en su favor los horrores del pasado, como si los derroteros de la historia ya no pudieran cambiar.

La secularidad establece, desde la Declaración Universal de Derechos Humanos, la diferencia entre el compromiso cívico por la dignidad, los valores y los derechos, que toda asociación, incluso religiosa, puede hacer, y la acción política militante a que la misma asociación induzca u obligue. Lo primero es perfectamente legítimo. Lo segundo es abuso de autoridad.

El que con mayor legitimidad solicita la definición de las religiones es el pueblo.

En la actual coyuntura se encuentran las religiones ante un gigantesco desafío: o ser y definirse una religión (iglesia) libre al interior y frente al Estado, o ser y definirse una religión sometida a los poderes autoritarios.

9. JUICIO ETICO SOBRE EL MODELO ECONOMICO

Los tres partidos mayoritarios presentaron, para la elección presidencial, sus respectivos proyectos económicos. Presentamos un balance de ellos, desde la ética cristiana:

1. La economía mundial en estos últimos años crece lentamente y el desempleo es alto; en el futuro inmediato no se espera una mejoría considerable. La desvaluación del 21 de diciembre viene a confirmar que, aunque afecta a todos, a los pobres los afecta más.

2. México aplicó durante doce años y a fondo, el liberalismo económico, cuyos logros mayores han sido el estancamiento de la economía, el debilitamiento de la capacidad de producción del país, desempleo creciente, un mayor desequilibrio en la distribución de la riqueza y niveles de pobreza alarmantes. "El sistema no ha demostrado la capacidad de sobrevivir sin sus peores vicios", dice Jorge G. Castañeda¹⁶. Un sistema que permite una especulación financiera internacional tan volátil, como la que se ha

16. Cfr. nota 1. p 29.

demostrado desde el 21 de diciembre, no es sino un indicador de la inmoralidad del sistema capitalista¹⁷.

3. Por las dos razones anteriores México necesita una nueva fórmula, porque las distancias sociales de bienestar se han extremado. A las fracturas de la convivencia social por la carencia de democracia se han sumado, peligrosamente, las fracturas que en esa misma vida social infringe el empobrecimiento generalizado entre empresas y personas.

4. Hoy los patrones contrastantes de comparación entre modelos económicos se han terminado con el ocaso de las economías socialistas. Sin embargo, dentro del capitalismo, generador de grandes desigualdades sociales, habrá que buscar los márgenes de acción en favor de las mayorías y no de un crecimiento económico favorecedor de minorías.

5. Se dice que las propuestas de los partidos se parecen mucho entre sí, que no ofrecen algo diferente. Precisamente porque los márgenes de acción son limitados, hay que buscar esas pequeñas grandes diferencias que intenten dar solución a los problemas económicos que padece la mayoría.

6. La devaluación del 21 de diciembre detecta otra grave deficiencia ética: mantener artificialmente la paridad del peso con el dólar, en espera de una coyuntura política que favorezca al partido oficial.

7. Por primera vez en su historia, quizá, el PRI ha perdido la capacidad de adaptación a las necesidades cambiantes del momento. Así, a pesar de los estragos de doce años de neoliberalismo, aferra su propuesta de gobierno a ese mismo esquema neoliberal, sin reconocer, siquiera, toda la estela de empobrecimiento, injusticia y exclusión de las mayorías, que ha dejado.

8. Más de lo mismo durante los próximos seis años puede ya resultar intolerable: socialmente, porque la gente llega a sus límites de tolerancia; económicamente, porque el modelo neoliberal no está resultando, ni siquiera técnicamente y el castillo de arena puede derrumbarse a la más leve ventisca.

17. Calvez Jean-Yves y Tineq Henri. **La Iglesia por la Democracia**. Ius, 1994, capítulo 11, Ante la ola de la economía liberal pp 171 - 183.



CENTRO TATA VASCO

Av. Revolución 1291
San Angel Tlacopac
C.P. 01040 México, D.F.
TEL. 660 77 92